

# Carta de Bogotá

## Doris Salcedo en el Palacio de Justicia

*José Antonio de Ory*

Poco después de las once y media de la mañana del pasado 6 de noviembre, el momento en que se cumplían 17 años de que comenzara la toma violenta del Palacio de Justicia por el M-19 y cayera asesinada la primera víctima, Doris Salcedo comenzó a hacer descender, lentamente, una silla de madera por la fachada oriental del Palacio. Al final del día siguiente, a la misma hora en que 17 años antes terminaba el hecho más trágico de la historia reciente de Colombia, colgaban de la fachada oriental y de la que hace esquina sobre la Plaza de Bolívar, a media altura, fuera del alcance del peatón, 280 sillas. Todas eran sillas corrientes de madera, sin nada especial, sillas institucionales como las que puede haber en cualquier oficina, usadas, simples objetos cargados de la experiencia de la vida cotidiana. Y por supuesto vacías. En la silla usada y vacía se hace presente la ausencia de quien la usó, o pudo usarla, pero ya no está ahí para hacerlo. La fachada cubierta de sillas terminaba por resultar repleta de las ausencias de tantos como murieron y desaparecieron en esos dos días trágicos. Es casi imposible saber cuántos fueron (ni por qué, ni cómo, ni para qué, ni...). En torno a 115, se calcula; quizá más, quizá alguno menos. Pero Doris Salcedo descolgó 280 sillas buscando el efecto estético y simbólico de que la fachada quedara llena, a ver si así, repitiendo una acción hasta el absurdo, asientos cayendo y cayendo y cayendo y permaneciendo ahí, a media altura, fuera de nuestro alcance, uno tras otro tras otro, hasta el absurdo, empezamos a entender las dimensiones de cada muerte violenta.

Ni el tema ni la perspectiva ni los materiales de esta obra efímera son nuevos. Doris Salcedo acababa de volver de estudiar en Nueva York a Bogotá cuando sucedió la masacre del Palacio en noviembre de 1985. Ella recuerda<sup>1</sup>: «Fue algo de lo que yo misma fui testigo. No me queda sólo una memoria visual, sino un recuerdo terrible del olor del edificio en llamas con

<sup>1</sup> *Doris Salcedo, entrevista de Carlos Basualdo en Doris Salcedo, Nancy Princethal, Carlos Basualdo y Andreas Huyssen. Phaidon Press Limited, Londres, 2000, p. 14. Traducción del autor de este artículo.*

seres humano dentro... eso me dejó marcada». Ese recuerdo no ha dejado de obsesionarla desde entonces. Como la obsesionaba también la impresión de que a casa nadie parece importarle, de que casi nadie parece recordar, de que casi nada se ha investigado ni, como sucede tan a menudo en Colombia, a nadie parecen habersele imputado responsabilidades. Durante años ha intentado recuperar objetos reales del Palacio, restos de la toma, sobras, objetos quemados, cosas que hubieran estado ahí, pero siempre le ha sido completamente negado. Los últimos cuatro los ha dedicado de lleno a investigar y trabajar sobre lo que pasó entonces y ha presentado ya tres obras en las que las sillas son, como en ésta, la manera de representar a las víctimas de la tragedia de noviembre del 85.

En *Tenebrae, 7 de noviembre de 1985* (2000), las patas, extrañamente alargadas, de un *maremagnum* de sillas de plomo se enmarañan impidiendo al espectador el acceso, el tránsito, cualquier tipo de ocupación normal del pequeño espacio que las contiene. Ese espacio representa un campo de concentración, el lugar donde reinan el caos y la violencia; donde, como dice Hannah Arendt, todo puede pasar. Fuera, mientras tanto, continúa la vida aparentemente normal; y al espectador le es imposible cruzar de una zona a otra.

*6 de noviembre de 1985* (2001) son dos asientos, uno de plomo y el otro de acero inoxidable, fundidos de manera imposible: la pieza de plomo, un material mucho más débil, sostiene el peso enorme de la de acero. Son asientos idénticos y sin embargo se obliga a uno a estar dentro del otro, a ocupar el exacto espacio del otro. Esa imposibilidad física los deforma a los dos, pero sin llegar a convertirlos en disfuncionales: para bien o para mal la vida continúa a pesar de la violencia y de sus efectos devastadores.

En *Thou-less* (2002), 16 sillas en acero inoxidable están tan entreveradas unas con otras por los respaldos, las patas o los asientos, que es difícil reconocer dónde empieza y acaba cada una. El marco exterior de un asiento se vuelve el interior de otro, y el interior, el exterior. No hay un adentro y un afuera claramente definidos, no hay certeza de qué es lo que estamos viendo. La falta de límites claros y la inversión de los valores de interior y exterior crean una imagen caótica de confusión y desorientación similar a la que produce la violencia. La masacre en la que se pierde a la familia, el desplazamiento por el que queda sin casa, sin tierra, sin nada, dejan a la víctima desorientada, sin norte, sin referentes. Pero la continuidad entre las sillas alude también al concepto de vida eterna desarrollado por Deleuze: la vida continúa, la vida de todos es una vida, hay una vida que está más allá de las incidencias de la pequeña fracción que cada uno tenemos de esa vida.

Aunque cada obra trata diferentes aspectos de la toma, las tres juntas, tal como se presentaron en la reciente Documenta 11 de Kassel (8 de junio-15 de septiembre del 2002) se vuelven una sola instalación sobre la inaccesibilidad a los espacios donde sucede el horror, la imposibilidad de tránsito entre la normalidad de fuera y el caos, la desorientación y la confusión del espacio convertido en campo de concentración. Sus mismos materiales, que se hacen engañosos, buscan añadir a la confusión del espectador, de manera que éste comparta la confusión que tiene la víctima de la violencia: el acero inoxidable parece madera, la madera parece papel. Es difícil percibir en qué material están hechas.

Las tres son obras permanentes y carga cada una con el significado concreto que Salcedo quiso darle. La memoria de la toma del Palacio de Justicia y de la posterior destrucción y masacre forma tanta parte de ellas como el acero, el plomo o la resina con los que están fabricadas y quienes las conserven guardarán consigo ese recuerdo congelado, aunque no les importe el hecho ni tengan una conciencia clara de lo que entonces sucedió.

La instalación de las 280 sillas es (¿fue?) en cambio una obra efímera. Lo importante no es el material, sino el tiempo. O más bien una determinada relación tiempo/espacio: un lapso similar al periodo de dos días en que se desarrolló la tragedia de noviembre del 85 y el espacio limitado y concreto de los muros del Palacio ahora reconstruido.

El descenso de las sillas comenzó, discretamente, a las 11 y 35 del miércoles 6, sin anuncios ni alharacas, como ocurrió, lógicamente, con la propia toma. Como 17 años antes, la gente se iba dando cuenta de lo que ocurría poco a poco, a medida que pasaban por la plaza o les llegaba la noticia boca a boca. No era un espectáculo del que uno sabe previamente y al que se prepara para ir, sino una intrusión en la vida cotidiana de una ciudad que ni se la esperaba ni estaba en principio interesada. Las sillas bajando fueron provocando que la gente se parara, se amontonara a mirar, entablaran diálogo unos con otros, que el tráfico se ralentizara porque los conductores querían enterarse de qué estaba pasando. La actuación de Doris Salcedo irrumpió en el ritmo de la ciudad y lo pretendió quebrar como lo hicieron los sucesos de noviembre del 85. Como irrumpe, y rompe, la violencia cuando aparece.

Las sillas fueron cayendo con distintas intensidades durante los dos días, de acuerdo más o menos con el *tempo* de lo que fue ocurriendo durante la toma. No se trataba sin embargo de una reproducción exacta, sino de una representación simbólica de cómo fueron las cosas. El primer día las sillas dejaron de caer a las 10 de la noche, la hora en que el ejérci-